

Guillermo Koenenkampf

## Temporal

### I

Casi siempre, la primera aventura amorosa es obra de la pura casualidad. Es decir, aparentemente, y en el hecho mismo. En el fondo, una fuerza subconsciente, o mejor diríamos, inconsciente, ha movido la hélice de nuestra voluntad hacia la conquista del hecho inesperado.

Pero no era esto precisamente lo que pensaba el joven Lerma al pasearse por los oscuros entrepuentes y recovecos del «Florindo». Mientras miraba a ratos las constelaciones que, al fuerte balanceo del barco, desarrollaban incomprensibles geometrías en la pizarra colgante de la noche, iba pensando en cosas muy distintas y muy lejanas. Cabeceadas de recuerdos, de recuerdos encontrados y en sucesiva intermitencia—de acá, la visión cada vez renovada, de «la casa», viva, luminosa, como braserada de invierno, y de acullá, el regusto de peripecias y aventuras prematuras, insípidas, como aguas resacadas—le golpeaban el pensamiento. Bajo el faro!

de popa se paró un instante, y encendiendo un cigarrillo Villar y Villar, echó a flotar sus pensamientos sobre la estela fosforescente de las aguas movidas por la hélice. Alguien se deslizó sigilosamente junto a las bordas, hasta su lado.

—¿Pensando en la Clara Barcic, no?—le dijeron a media voz, tocándole con suavidad en las espaldas.

Se enderezó a medias, y volvióse hacia el interpe-lante. ¿En la Clara Barcic?... No; no era eso, precisamente. Es decir, también había pensado en la rubia hermana de su amigo Mateo Barcic, como en tantas otras cosas. Como en la señorita de los grandes ojos castaños, que venía sola en el «Florindo»... Pero, era en su madre, a la que pronto volvería a ver, si Dios lo quería, en quien pensaba en esos instantes.

—¿Y usted, compañero, durmió ya?...—le interrogó a su vez al recién llegado

—Sí. Hacía días que no dormía tan bien. Muchas gracias... Alguna vez podré pagárselo, compañero...

Lerma se quedó observando a la luz amarillenta del reflector, el rostro hambreado y simpático del otro. Era un jovencito de ademanes vivos y cuajados ya de aventuras—ahora algo indecisos—y venía de «pavo», en el vapor. Se llamaba Juanito Bezanilla, hijo de un médico politiquero de Antofagasta. Lerma le pasó un cigarrillo, y le indagó, otra vez:

—¿Y «Tirifilo»?

Se le apretaron un poco los rasgos desenfadados al jovencito, y contestó con voz resentida:

—En su camarote, «con llave», estará... O abajo, jugando póker.

—Buenas se las está haciendo su amigo «Tirifilo», compañero...

Los pasos parcos y medidos del primer oficial de a bordo, les turbó la conversación; y el futrecito Bezanilla se escurrió por las penumbras, dejándole a Lerma una llave de camarote, en las manos.

## II

El balanceo del «Florindo» iba aumentando en forma algo inquietante para los pasajeros, y el joven Lerma, de espaldas en su lecho, no podía dormir. Habían salido, de recalada, la tarde anterior, de Coquimbo, y debían llegar al día siguiente, a Valparaíso. Debían... El vapor «Florindo» era un barco nuevo, de buen andar, con camarotes bien olientes y lustrosos, y con un buen comedor de primera clase, de reluciente ebanistería. En mares calmos, navegaba con la elegancia de un cisne; pero ahora iba adquiriendo paulatinamente un desordenado movimiento de péndulo, y el joven Lerma sentía a cada vuelta y revuelta como un vacío de neumática en el epigastrio. Prefirió enderezarse, y se quedó sentado en la cama estrecha, mirando por los ojos—insomnes, como los suyos—del camarote, hacia afuera, hacia el mar, que invisible y sensible en la obscuridad de la inmensa noche, sacudía sus lomos de animal cosquilloso.

Encendió otro cigarrillo (unos gruesos cigarrillos cabeceados a máquina y elaborados especialmente en La Habana, o en Matanzas, para la Compañía Salitrera Alemana, de Taltal); y con el humo aromático del buen cigarrillo, volvieron los recuerdos asustados a acurrucarse en el nidal de su memoria. Sí; esos cigarrillos los traía de la pampa, para fumárselos por los plácidos rincones de su terruño. Le convidaría con ellos a su padre—¡quién sabe si se atrevería!—después del té cordial de las once, o en las noches confidenciales, al contarle sus andanzas; a la familia reunida... ¿Sus andanzas? ¡psch! ¿qué tantas eran, sus andanzas?... Malandanzas, más bien serían. Fracasos por allá, enfermedades por acá, falta de decisión... Sí; falta de decisión, más que nada. Y mala suerte, también. Había salido muy arrogante, de la casa, y lleno de ilusiones, dispuesto a canjearlas en el norte por un saco de billetes. Y volvía lo mismo. Es decir, no volvía lo mismo: volvía sin ilusiones, y alicaído, y amarillo de nostalgias. Su entusiasmo había entusiasmado a la familia, a la partida; y él—cierto era—se había esforzado y se había batido allá valientemente y en todos los momentos, contra la mala suerte. Pero sin maña ni malicia. Un día, de simple «tiznado» en la Oficina Aurrerá, del cantón de Dolores; otro día, de cobrador de la casa Chinchilla, en Iquique; otro día, de pasatiempo en la Compañía Salitrera Alemana, de Taltal. De acá para allá. Hasta que, otro día, tundido por una pulmonía doble en la Oficina Moreno, sintió al sentirse morir, el de-

seo redivivo de volver a su casa; y al fin convaleciente, bajó al puerto con su amigo Mateo Barcic, y esperó vapor para el sur. Y ahí iba ahora, navegando impaciente y echando a cada rato a volar hacia el palomar paterno, la palomas anunciadoras de sus pensamientos . . .

Pero el sueño y las gaviotas perdidas del sueño, que revoloteaban en las sombras, se abatieron también sobre el mástil de su espíritu. Se quedó dormido; dormido en ese sueño vigilante que retrotrae todas las cosas vistas y recientes, y ve, reales y acaecidas, las cosas imaginadas. Así, andando hacia atrás, deshaciendo los nudos del tiempo recorrido, fué reconstruyendo las escenas y los recuerdos e imaginaciones simultáneos, de los días anteriores. Ahí, escurriéndose por las bordas, como una rata de a bordo, veía a Juanito Bezanilla; y ahí veía también a la señorita esquiva del camarote de proa, meciéndose en una mecedora, en un rincón de la cubierta, con un ramo de claveles en el pecho (los mismos claveles arrogantes que él la había visto comprar en Coquimbo); y ahí veía al huraño pasajero alemán; y al gordo «Tirifilo», jugando póker en la sala de fumar; y el puerto de Coquimbo, con su mar adormilada, en la que olas de ensueño hacían cabriolas jugueteando con delfines invisibles; y, más allá, la bahía de Taltal, y su amigo Mateo Barcic y su hermana Clara Barcic, que se alejaban en un bote fletero, haciéndole blancas señales . . . Sí; ahí estaba él, entonces, afirmado en la borda, mirando a los amigos que se quedaban . . . y mirando también los grandes avisos ciclópeos que

«alguien» había «escrito» en la abrupta pendiente de la montaña, cuando se le acercaba muy campante un jovencito de aspecto dudoso y distinguido.

—¿Linda la chiquilla, no?—le decía indicando el bote en que se alejaban Mateo y su rubia hermana.

—Sí, señor; linda...—contestaba él, sonrojándose y mirando con recelo al intruso.

—¡Bah! son amigos míos, señor...—agregaba el jovencito. Es hija de don Estanislao Barcic. Yo lo vi a usted anoche con ellas, en la plaza...

¿En la plaza? ¡Ah! cierto: había estado con las dos hermanas Barcic, la noche anterior, en la plaza. Pero eso ¿qué tenía que ver? El jovencito había callado, y detrás de él surgía, muy acicalada, una facha gorda de garitero.

—Mi amigo, el señor «Tirifilo»—le presentaba alegremente al recién venido. Ex mesonero del Bar Real, en Antofagasta, ¿no lo conoce usted? Después, con gravedad, agregaba: —Y yo, señor, me llamo Bezanilla, Juanito Bezanilla, para servirle a usted...

Una conmoción violenta de la nave, le despertó bruscamente, haciéndole tirar sus sueños por la borda. Después, otro trastabillón y otro más, seguidos del alarido espeluznante de la sirena. Fué así como cuando él iba corriendo a mataballos por los cerros enmalezados y llenos de torrenteras, de su infancia, y el animal, de repente, saltaba unos tras otros, con recios envionazos, que a él le sacudían hasta la médula, los obstáculos que se le ponían por delante. Y como el animal que después

de la áspera carrera retiembla fatigado, así el jadeo fatigoso de las máquinas hacía revibrar la sólida carpintería de los camarotes.

El joven Lerma se vistió apresuradamente y salió a los pasillos.

### III

Sí: ¿qué es lo que estaba pasando?... El contra-maestre, allá en la proa, hablaba con algunos pasajeros alarmados, que le interrogaban desde sus camarotes: «¿Que qué es lo que pasaba?... Nada, en realidad, todavía... ¡Vaya! no era cosa de alarmarse... pero, no estaba de más estar un poco «de» alerta...» Y seguía a atender la maniobra.

Pero algo, en realidad, estaba pasando. Efectivamente, habían salido esa tarde de Coquimbo, con una mar tenue y ligeramente rizada. Al dejar atrás, por sotavento, la punta de Guayacán, el mar se había ido picando progresivamente y ráfagas desbandadas de viento sur despeinaban a grandes manotadas las negras columnas de humo, de las chimeneas. No era cosa de asustarse, no; y con la noche, el mar y el viento se calmarían. Así había dicho el capitán, en el comedor; y nadie se había preocupado de eso. No obstante, después de la comida, mientras los pasajeros se arrellanaban en el salón o jugaban póker en la sala de fumar, el viento se había ido haciendo más compacto y agresivo, y las olas, encrespándose y caracoleando como animales

chúcaros, daban rebotes contra los costados de la nave. Por las cubiertas, sólo dos o tres pasajeros, demasiado curiosos o hiperestésicos, se cruzaban, atisbando al mar: el joven Lerma, y la señorita de los ojos grandes y castaños, y a veces, el huraño pasajero alemán de lentes dorados, con su pipa de ámbar en los dientes.

Pero el capitán del «Florindo» estaba alerta. Al hundirse el sol tras los límites del horizonte, el barco navegaba orzando contra el viento, desviado unos cuantos grados de la ruta de Valparaíso, rumbo hacia el sudoeste. Y, cuando en la noche el alarmado Lerma salió de su camarote, la obscuridad era aún señora absoluta de los espacios: sólo a occidente, las Pléyades, aferradas a los últimos extremos del firmamento, continuaban empecinadas la demostración de su pitagórico teorema. ¡Ah!... «No estaría de más estar un poco de alerta...» había dicho el contramaestre. ¡Miren qué cosa! Había que estar bien alerta: el «Florindo», como animal bisoño y acosado, jadeaba, jadeaba, resoplando con sus calderas a gran presión. A ratos, fieros empellones—generalmente, eran tres—levantaban a alturas vertiginosas la proa de la nave, para en seguida hundirla en vértigos de abismo. Olas inmensas pasaban por los costados y dentro de las zonas iluminadas por los focos, sus convexidades glaucas brillaban siniestras, como irritadas pupilas del océano.

Afirmándose en las maderas, el joven Lerma se fué a buscar por los escondrijos donde solía cobijarle el camarotero turno, a Juanito Bezanilla. ¡Era valeroso



y entretenido, el Juanito Bezanilla! Al revés de ese sinvergüenzón del «Tirifilo», que se le estaba haciendo el leso, al otro, muy encastillado en su camarote de primera, después de habérselo conquistado... ¡A lo mejor, tendría, él, que pagarle la pensión y los gastos, en Valparaíso!... Iba haciendo imperativos compases de vals por el pasillo, cuando, al pasar frente a la puerta de la señorita esquiva, vió el ojo de buey del camarote que le miraba, con una luz esquiva y oscilante. Y simultáneamente, se entreabrió la puerta del camarote y apareció en el hueco la señorita esquiva, precisamente, que miraba, con los grandes ojos asustados y los rizos arriscados y en rebeldía, hacia los despeñaderos vertiginosos de la noche... Sí: como una cabra de Galaad, con dos cabritos mellizos, medio ocultos, o medio descubiertos, bajo la bata que el viento descifró pícaramente. Se cerró con estrépito, la puerta, y el joven Lerma siguió por el pasillo, haciendo ahora emocionados pasecitos de vals, en busca del Juanito Bezanilla. Al doblar un recodo, se topó con el camarotero turno, que llevaba un jarro estañado en las manos.

—¿No ve, patrón—le dijo—cómo le cuido a su recomendado? Le llevo cafecito caliente, para los nervios... Además que ya era conocido mío, el futrecito...

Lerma le dejó pasar, sin decir nada. Al pasar el camarotero bizco, un olorcito tibio a café—aroma de nostalgias y de instancias—se le colgó a Lerma en las narices; y, no obstante, él, sin acordarse ya del jovencito

Bezanilla, volvió por el pasadizo, zigzagueando, pensando en la señorita esquiva, y en los dos cabritos mellizos . . .

#### IV

Al día siguiente, el temporal era ya un temporal deshecho. La surada—uno de esos terribles surazos de primavera en las costas del Pacífico—se le ponía por delante, con sus caballerías oceánicas, al valeroso «Florindo». Unas tras otras, las olas, azuzadas por el viento, acometían en cerrados escuadrones contra la proa de la nave y pasaban por sus flancos, veloces, disparando, como jinetes núbidas, las descargas de su iracundia.

El joven Lerma, aferrado a la borda, miraba por el lado de babor, perdidamente, los horizontes perdidos del continente, de la tierra firme. ¡Nada, nada, señor! . . . Ni una línea en el horizonte . . . ni siquiera un islote de pájaros en la inmensidad de las aguas embravecidas. Ni siquiera un pájaro petrel, tras la estela revuelta del «Florindo» . . . El no había visto, no recordaba haber visto un temporal tan pertinaz como ese. Cuando chico, cuando muchacho, allá en las costas de su tierra, había por los inviernos grandes tempestades de viento norte: se cerraba el cielo y nubes negras y apocalípticas, embestían contra las más altas cimas, como queriéndolas descabezar; y lanzaban de pronto la chispa del ataque y retumbaba el trueno, y, las nubes, desgarrado el propio vientre en los picachos, pasaban, dejando caer

sobre la tierra espectante, el copioso llanto de la derrota. Y el mar, ¡ah, el mar! como un tigre inmenso de pupilas verdes, se agazapaba, y enarcaba los lomos ondisonantes, y ¡zas!, se precipitaba rugiente contra las playas y los acantilados. El, con sus hermanos, miraban desde el promontorio más cercano a la casa, sobrecogidos de terror y entusiasmo, el espectáculo grandioso; mientras el impetuoso norte les golpeaba de frente los pechos con sus tibios puños invisibles. ¡Esas eran tempestades! Pero éste, éste... Este era una tempestad también, sin duda alguna; pero era de otra índole. Es decir, los otros, esos gloriosos temporales del norte, eran como de una sola personalidad, como si se dijera, un geológico Titán enfurecido; en cambio, este surazo parecía multiforme, ambiguo, de una pertinacia casi rayana en lo razonado... Ahí venían las olas en escuadrones, con las crines blancas de sus corceles desmeledadas por el viento, en agotadoras cargas contra el «Florindo».

Amarillo, ahora, de inquietud, se encerró en su camarote. ¡Caramba! haber escapado allá de la muerte, en ese Mar Muerto de la pampa, y venir a quedar ahora aquí, en este otro océano, sepultado quizá en el vientre de una ola, o de los tiburones... Ahora, que iba a volver a ver desde el alto recodo del camino los humos del hogar, que estaba próximo a abrazar a su madre, a su padre... Allá, en «la casa», estarían ahora, seguramente, mirando ese temporal, que pasaría dejando a un lado las sorprendidas costas de su tierra,

hacia el norte, hacia su encuentro. Ahí estaría su hermana, en lo alto del promontorio, con alguna amiga, (ella le escribía que tenía ahora una amiga, que le tenía, para cuando volviese, una hermosa amiga) allí estarían, pues, mirando el mar embravecido y overo, temiendo, lamentándose por él... ¿Una amiga? ¿Quién sería esa amiga?... ¡Ah! grato era, siquiera, en esos momentos angustiosos, estimular el pensamiento pensando en una amiga, en una mujer... ¡La mujer! El grande enigma, el gran deseo de sus veinte años aporreados y aventureros. ¡Tantas mujeres que había conocido ya, y que había amado o creído amar, y que había creído que le amaban, y después, ¡nada!... ¿Por qué? ¿Serían así, inasibles, todas las mujeres, o coquetas y esquivas...? ¿O sería él, el que...? No; él era tímido, es cierto; pero... no era porque él no quisiera, que... (se enredaba en sus pensamientos y trató, mejor, de recordar ejemplos). Zangoloteado por el balanceo y obstinándose en chupetear el cigarrillo que se le deshacía taimadamente, recordaba, entre otras cosas, cierta aventura o aventurilla, o lo que hubiese sido, que había tenido en Iquique, con una morenita boliviana. Era una morenita buena moza, querida de un mecánico italiano, ausente casi siempre en la pampa; y una tarde, él, envalentado por unos amigos, la había metido en su pieza y ahí la había tenido durante dos horas, o tres horas, acariciándola... Y sin embargo, nada: ella «no había querido», decía que «no quería», la tonta, y... no hubo nada, pues. Y así, o algo así parecido le había

pasado siempre. Todas eran inasibles, esquivas, como la señorita de los grandes ojos castaños que iba sola en el camarote de proa...

Hacia la tarde, salió a la cubierta y zigzagueando y haciendo geometrías, como las Pléyades, se fué hacia la popa y se quedó mirando otra vez la hélice, que, a instantes, a las fogosas cabeceadas del barco, salía de las aguas y seguía girando en seco, a varios metros de la superficie vertiginosa. Por las miradas del joven Lerma, el miedo le caía, la caía hacia el abismo, tiranteándole las fibras del estómago, retorciéndole la médula de sus pensamientos... Más allá, aferrado también con ambas manos a la borda, estaba el pasajero alemán, con su pipa de ámbar en los dientes.

De pronto, ¡Dios sabe como fué!—sería probablemente alguna sacudida violenta y sorpresiva del «Florindo» o algún manotazo del viento—se le cayó al pasajero alemán la pipa de ámbar, de la boca, al mismo tiempo que exclamaba y tendía los brazos, viéndola caer:

—«¡Ach, mein Gott!»

El joven Lerma, que no sabía alemán, pero que había leído «La copa del rey Thule», creyó que el pasajero alemán se refería a Goethe y que había dejado caer premeditadamente, en un arranque de emulación romántica, como el rey romántico del poema, su pipa de rica espuma del Báltico, en las espumantes aguas del Pacífico.

Este mero incidente fué como un reactivo moral para

sus nervios oprimidos por el temor y la inquietud, y continuó andando por la cubierta, aferrándose a las bordas, afirmándose en los pasillos. Allá, más allá del camarote de la señorita esquivia, junto al palo de trinquete, miró, más valeroso ahora, las olas que atropellaban en hordas incansables, la proa y los flancos del «Florindo». Era espectáculo curioso e imponente: algunas, casi todas, antes de llegar a la nave, erguían de pronto la cabeza y deteníanse un momento, en ademán de acometer, y reventaban después en mil fragmentos blanquizcos, como si debajo de sus vientres hubiese estallado alguna bomba lanzada desde algún castillo de proa. El ventarrón, entonces, barría esos fragmentos y los desmenuzaba a su vez en el aire, en otros millares de fragmentos atómicos y compactos, tal una hiperbólica regadera que regase de un golpe las extensiones de las aguas, y le rociase a él el rostro y los ojos, espectantes... ¿Y la señorita de los grandes ojos asustados, por qué no vendría ahora por la cubierta?...

El viento se hizo insoportable; y en el horizonte inflamado, el sol removía su roja cresta de gallo sobre las crestas revueltas de las olas. El joven Lerma subió a su camarote, mientras llegaba la hora de comida. Habría ido de buenas ganas a la sala de fumar, donde estaría, probablemente, el «Tirifilo», o al salón; pero no quería: él era poco sociable, algo esquivo también, y además, todos andaban con unas caras amarillas de miedo, que daban miedo... Siquiera ese alemán taciturno sabía disimular y desafiar, el miedo. ¡Ganas le

daban de hablarle, de conversar con él, de recordarle a Goethe! . . .

## V

Cayó de bruces, como un piquero, dentro del camarote; y ahí quedó tumbado en el piso, sin sentido. Un terrible sacudón de babor a estribor le había tirado de improviso contra las bordas, desde donde, otro barquinazo consecutivo, de estribor a babor, le fué a estrellar contra una puerta, que, al choque, se abrió violentamente.

Tenía una herida en la sien derecha. La señorita de los grandes ojos castaños, le miraba estupefacta, desde un rincón. Había visto abrirse la puerta con estrépito y caer casi simultáneamente ese bulto largo a sus pies. Se quedó la joven sin dar un grito, sin hacer un movimiento, paralizada por el terror. Después, sin darse cuenta bien de lo que pasaba, al ver que el hombre no se movía, fué acercándose y vió la sangre que le chorreaba de la frente. Reaccionó entonces su instinto de mujer: ¿estaría muerto ese hombre, Señor? . . . Quiso llamar, para que viniese algún camarotero o algún médico; pero repentinamente, no se atrevió, pensando en otra cosa. Se inclinó entonces sobre el herido, y cautelosa, tímidamente, le tomó las manos y miró la herida. Era una herida no muy grande: el golpe, seguramente, le había aturdido. Al conocer, al reconocer al joven tímido que se paseaba desvelado por los pasillos, le cos-

quilleó, un poco emocionadamente, el corazón. ¡Había que curarle de alguna manera al pobre joven! Le alzó la cabeza con cuidado y le puso debajo una almohada de la cama. ¿Agua de colonia?... Sí; le lavaría con agua de colonia la herida y le vendaría de cualquier manera, para estancarle la sangre. ¡Pobre muchacho!

Cuando le estaba limpiando con un pañuelito empapado en la loción, el herido suspiró levemente, y ella se estremeció. Después de curarle, equilibrando como podía los sacudones del barco, vertió algunas gotas de colonia en un vaso de agua azucarada y se las hizo tragar. El joven Lerma abrió los ojos y miró, alucinado: delante de él, una señorita hermosa, una señorita de grandes ojos dorados, se inclinaba solícita... ¿Que se había muerto, él, Señor...? ¿Que se habrían ido a pique y estaría él ahora en el Paraíso...?

Ella, al verle volver en sí, se había enderezado instintivamente, ajustándose la bata hasta el cuello; pero después volvió a inclinarse ante el herido.

—¿Le duele?—le interrogó.

El herido se quedó callado, mirándola, volviendo en sí en su entendimiento; y, al fin, el eco de la voz dulce de la joven le hizo estremecerse. Se puso de pie, atontado, palpándose la cabeza, mirando las manchas de sangre en la almohada, y se le avergonzó el pensamiento...



• • •

El temporal parecía haber amainado algún tanto. La señorita de los grandes ojos castaños había hecho sentarse a Lerma, en el lecho, y ella se había sentado en un ángulo, sobre una maleta. Después de comentar el accidente, se habían puesto a hablar de la tempestad. ¡Qué susto tan grande había tenido ella! No dormía, en las noches... A veces, entre el fragor del huracán y las sacudidas del «Florindo», le sentía pasar... ¡Claro! tampoco él dormiría, ¡quién sabe!...

—¡Qué olas tan enormes! Yo creí que íbamos a naufragar...—exclamó, aliviándose del mal recuerdo.

Lerma, que sentía llena de ruidos la cabeza, recordó de golpe todas las peripecias y vicisitudes pasadas durante el temporal.

—Sí; ¡qué olas tan enormes...!—repitió, mirando ensimismado unos claveles que se mecían gallardamente en un vaso aprisionado sobre una repisa. Pero su pensamiento se había detenido ante una visión... ante «otra» visión que era «la misma», sin embargo, que estaba ahí delante...

La señorita de los grandes ojos asustados, parecía seguir con su pensamiento, los pensamientos del tímido Lerma, y una rosa pálida se ruborizó en sus mejillas. Se puso de pie y dijo, disimulando:

—Usted tendrá debilidad, con la pérdida de sangre, ¡no se me había ocurrido!

Abrió una caja de viaje y sacó un paquetito de galletas.

—Coma . . . para que se reponga y pueda volver a su camarote . . . Y mientras Lerma, con pulso indócil, sacaba una galleta de champaña, del paquete, la mano linda de la señorita de los grandes ojos asustados, comenzó a su vez a temblar, traicioneramente . . .

Después . . . ¡Nunca supo el joven Lerma cómo había sido «eso», después. . . ! Se había comido, a pequeños mordiscos, la galleta, y ella, con el paquete en la mano, de pie, esperaba, acaso para ofrecerle otra. Al fin se había ido a sentar, en el ángulo, y cada vez que Lerma se comía una galleta, ella volvía a pararse, a ofrecerle el paquete. Así, varias veces, sucesivamente. También ella comía: después del miedo y la distensión nerviosa que le causara el temporal, una agradable debilidad le avivaba ahora el apetito. Cansada de ir y venir a cada rato hasta su rincón, se había sentado al fin, con un movimiento inadvertido, en la cama, cerca del herido. Ahí siguieron conversando y a cada barquinazo rezagado del «Florindo», habían ido acercándose insensiblemente. Ella, hablaba casi sin mirarle, mirándole quizá por el rabillo del pensamiento; y él la escuchaba, sintiendo un aroma desconocido, mezclado al ámbar del agua de colonia, darle vueltas la cabeza. Escuchaba y contestaba balbuceando y con los sentidos en éxtasis, las conversaciones de la señorita. Y poco a poco, una sensación rara, un hipo nervioso, le fué angustiendo, ahogadamente, en la boca del estómago: así,

algo así como la sensación de vértigo que le causara el miedo a la tempestad . . .

Le tiritaban las rodillas, y de pronto suspiró, sin querer. La señorita le miró un instante, con sus grandes ojos de ámbar oscurecidos bajo la suavidad de los párpados. Después, ella se echó a reír, con una risita nerviosa, relumbrándole la húmeda blancura de los dientes. Al fin, la señorita de los grandes ojos dorados, levantándose, sin saber a qué, había vuelto a preguntarle:

—¿Le duele, todavía? . . .—y le acomodaba con cuidado la venda, que sus manos inexpertas le habían atado, mal atada, a la cabeza.

Al hacerlo—¡no lo hiciera, mejor!—sus brazos levantados le echaron encima, al alucinado Lerma, de golpe, el aroma agudo y desafiante de su carne, al mismo tiempo que el movimiento le desceñía traidoramente las vueltas de la bata, y . . .

Y . . . ¡nunca supo, pues, el tímido Lerma, cómo pudo haber sucedido «eso» . . .! Afuera, el temporal seguía amainando y el «Florindo», con el pulso firme de sus máquinas, navegaba ahora rumbo a Valparaíso . . .